ARTICULO ESPECIAL

Necesidad de Educar Convenientemente el Criterio de los Médicos

POR EL ING. AGUSTIN ARAGON

Necesario para la salud es que en toda sociedad haya buenos médicos, porque recetar con acierto y dar atinados consejos higiénicos es el fundamento de vivir en sanidad. Inductivo de error es todo lo que un facultativo hace por hacer en algunos casos y manda en otros, únicamente para salirse con la suya. Educar en los buenos principios a todos los hombres será siempre benéfico a la especie nuestra, y ampararse de la ciencia y la virtud contra el mal, es cumplir con sagrada obligación y contraponer una conducta loable a otra acreedora de la reprobación general. Los deberes son diversos en carácter en el mismo individuo, según se consideren las relaciones de éste con los demás, y en individuos diferentes cuando se atiende a las funciones de cada uno. Distinto es el deber personal del doméstico, otro es el cívico y diferenciado de los tres ya nombrados es el humano, o el que marca nuestras obligaciones para con todos nuestros semejantes, de cualquiera raza, nación o familia que sean. Desigual es la condición de un labriego si se compara con la del estadista, y desiguales son también sus deberes en el desempeño de sus sendos cometidos. El que manda, por el hecho de ocupar un alto puesto, está obligado a fijarse en un buen propósito y a empeñarse en realizarlo; quien es mandado tiene otros deberes desde el punto de vista cívico. El hombre culto tiene obligaciones de las que está libre el patán y una sociedad es tanto más perfecta cuanto mejor cumplen en ella los asociados sus correspondientes deberes, y cuanto más se acercan todos a ver sus respectivas actividades como funciones sociales. Extraviarse a otra cuestión no es de sorprender en el hombre vulgar, más sí en el profesante; desbarrar en Medicina es común a todos los que la desconocen, más que lo haga el conceptuado de médico, es desacreditarse en su profesión y con los ignaros.

Entre las causas que han retardado el progreso de las artes figura la inconsecuencia con que proceden muchísimos al ejercitarse en ellas, porque el mayor número de hombres confunde la función con el funcionario, el continente con el contenido, la forma con la realidad, la aplicación con la doctrina, etc., etc., Por eso es universalmente aceptado el principio que dice: el progreso de una institución cualquiera depende fundamentalmente, de la unión de la energía y de la sabiduría de quienes la sostienen; y asimismo de la impresión que la conducta pública y privada de ellos causa en la sociedad, pues la excelencia y la eficacia de los principios que se propagan se comprueba de cierto con los hechos y no sólo con la palabras. Conciliarse el respeto de todos no es obra de un día ni de un mero deseo, pues la difusión de una idea y el establecimiento de un régimen apoyado a ella, nunca son rápidos, ya que siempre habrá que vencer en la batalla a todos los siguientes enemigos: la inercia, o persistencia de hábitos anteriores; los prejuicios del caso, con más o menos arraigos; y los poderosos intereses creados, que, en todas las ocasiones se obstinan contra las reformas en el camino de éstas. Calificar de docto a Fernando lo hace la sociedad tras repetidas pruebas, y admite que él campee por su respeto cuando ya le es conocido en su conducta y por su buena fama.

En toda labor profesional o facultativa hay siempre tres elementos irreductibles, a saber: el que ejecuta el trabajo, el trabajo propiamente dicho y aquel para quien se realiza. Es de tal manera indispensable la concurrencia de los tres factores al fin profesional, que sin uno de ellos no existe. Un médico es innecesario en las primitivas agrupaciones humanas, si por médico entendemos la persona que ha estudiado una década con la mira de aliviar de las enfermedades, cuando no es dable sanarlas o prevenirlas. Entre el médico y la sociedad en que él vive hay una serie constante de acciones y reacciones; un galeno ponderoso, activo y de entendimiento cuidadosamente educado, modifica en sentido favorable una agrupación, y ésta cambia al médico por otro mejorándolo o empeorándolo. No debe uno pues olvidar que se excita a la rebelión o a la concordia, según sea la conducta de los demás; que se propende a la severidad o a la clemencia, según los casos; que el hombre se inficiona de vicios o se limpia de culpas, según el medio en que vive. Olvidarlo es exponerse a juicios absolutos; recordarlo es apercibirse contra los enemigos verdaderos. Más tengamos presente en todo caso que las modificaciones favorables son siempre más fáciles, cuando aquellos que dirigen han sido enseñados en buenas doctrinas y por discretos se singularizan.

* * *

Sin entrar hasta el fondo del problema de la formación de los médicos —por no creerlo indispensable, pues mucho y muy bueno hay escrito sobre el particular— voy a extraer de la mina del buen sentido común, algunas joyas que procuraré presentar para la educación del criterio de los doctores.

En toda acción nuestra, si queremos que las consecuencias inmediatas y lejanas de ella sean puramente benéficas, debemos mirar a la par lo pasado y lo porvenir; lo pasado para buscar el apoyo del lento trabajo de las observaciones seculares de nuestros padres, y lo porvenir para que se mejore por lo que nosotros realicemos en lo presente. Muchos descubrimientos que debemos a quienes nos precedieron en el camino de la vida, son ahora las bases o los reguladores de nuestra actividad social, son el fundamento del orden y de la duración de nuestros trabajos y el capital acumulado que nos permite señalar la dirección futura de las sociedades humanas, fundada en la preponderancia del saber sobre las demás fuerzas conocidas. La voluntad reflexiva llevará por tema en los estudios el principio que precede, y la activa lo aplicará debidamente en todos los casos, recordando siempre que la ciencia y la acción se unen y se estrechan más cada día. Los cambios estables, las transformaciones que entrañan un progreso real y efectivo, son la consecuencia lógica de los hechos bien observados y de las leyes descubiertas que enlazan esos hechos, hechos y leyes cuyo conocimiento debemos a los sabios, a los que han estudiado para establecer una unión cada vez más íntima entre las naciones y entre los individuos. Sólo las conquistas de la ciencia son definitivas o perdurables, porque contra ellas no hay posibles reacciones, ni en ellas se conocen los cismas que dividen ni las herejías, que disuelven; el teorema de Pitágoras es inmortal y la verdad de él la admiten todos los hombres que pueden comprenderlo. Los sabios son los verdaderos amigos del hombre, porque ellos viven sumisos a las leyes naturales—sumisión que nace de sus convicciones y de su educación, y que es base de su perfeccionamiento—y las aplicaciones de éstas fundadas en el conocimiento de las mismas, han sido la verdadera redención de los humanos. ¿Cómo redimirnos del paludismo sin conocer sus causas y su modo de obrar? Cuando hubimos conocido las unas y el otro, se produjo una metamórfosis que mejoró la condición personal de los individuos de ciertas comarcas, por humildes y miserables que hayan sido.

Este señorío, esta preeminencia del saber pudo lograrse valiéndose el investigador de todos los recursos de que es fecundo el genio aprovechan-

do las labores antecedentes, buscando las causas y descubriendo las leyes y sin cesar recordando la distancia que media de lo absoluto a lo relativo, la distinción entre la abstracto y lo concreto, el diverso carácter que tienen lo objetivo y lo subjetivo y la diferenciación de lo estático de lo dinámico.

Las modificaciones parciales, aunque sean favorables, son insuficientes como solución de problemas en los que una reconstrucción intelectual y social es necesaria; más benefician mucho si son sucesivas, cuando conciernen a las artes, o a la aplicación diaria y constante de ciertos principios. A la vez que preparemos el advenimiento de un nuevo orden mental y moral, que entrañe una nueva organización social, ocupémonos con ahinco en obtener todas aquellas reformas particulares que faciliten la creación de ese orden nuevo y sirvan de pedestal a la grandeza con que debemos ver todos los conocimientos científicos. Entre esas reformas figura en primer término la del criterio de los médicos: **intelectual y moral.**

Los progresos de la Medicina han sido menos rápidos de lo que pudieron ser, en parte por los procederes de sus agentes. Nada daña tanto a una profesión como la falta de consecuencia en quienes la cultivan el espíritu ilógico lo advierten aun las personas incultas cuando notan que quien dicta un mandato es el que menos se apega a él. La concordancia de los hechos con las ideas levanta éstas por las nubes y nunca las alza del suelo la discordancia. Lento en resolverse es el público al juzgar de una persona, pero cuando opina bien o mal de un sujeto, procede con firmeza y es difícil que rectifique su sentir. La Medicina no es debidamente estimada, aun entre los mismos médicos, por la ligereza de muchos de éstos en afirmar, por lo limitados de ciencia que están algunos y por la viciosa educación del criterio del mayor número. Pesan sobre los hombres diversas fatalidades, más éstas podemos atenuarlas o modificarlas tanto más, cuanto mejor conozcamos las condiciones naturales de su producción y desarrollo. El rayo, verbigracia, y la difteria, nos asolaron hasta el día que conocimos cómo se generan, en qué circunstancias nacen y se propagan; desde ese día los vencimos, y sin ignorar que hay un orden inmutable en sus disposiciones fundamentales, sobre el cual descansa toda nuestra existencia, no admitimos, sin embargo, con irracional optimismo, que todo lo que naturalmente acaece nos conviene, y cuando ese orden natural e inevitable produce consecuencias que son adversas a nuestro bienestar, nos sometemos, por una parte, con paciencia y resignación, a lo que es inevitable, y por la otra, luchamos con el enemigo gastando con firmeza y perseverante esfuerzo hasta derrotarlo, todas nuestras luces, para mitigar la parte dañosa si no es hacedero agotarla, para mejorar nuestras condiciones hasta donde admitan modificación. No todo es

modoficables en ciertos casos, pues la sífilis, fácilmente curable en sus comienzos, no lo es si dejóse sin combatir años y años; y esta sana doctrina, que el poseerla no es sino muestra de educación del criterio, cuando la practican los médicos educan a todos los que con ellos tratan y abre paso al prestigio de su profesión.

El médico de criterio educado llama a las cosas por sus nombres, a lo cierto, cierto le dice; a lo dudoso, dudoso; a lo probable, probable; y a lo posible; posible. Es también parco en ofrecimientos y sobrio de palabras, porque las previsiones sólo pueden tener en los casos que él examina un carácter de probabilidad que impide anticipar con seguros pormenores lo que sucederá en cada condición particular.

El progreso más importante que ha llegado a realizarse en nuestra especie y en sus individuos, es el del mejoramiento moral, o el de la subordinación creciente y continua del egoísmo al altruismo. Los médicos, gracias a la índole de sus funciones, pueden regularizar en parte la vida moral de sus clientes, mojorando el tono de los sentimientos y de la conducta de quienes los ocupan, por desgracia muy carentes ahora de disciplina, y previa a esa obra deben emprender la reforma de su propio criterio moral, estableciendo una armonía constante entre el sano precepto y la recta práctica. Pena da, más que indignación, el ver que hay médicos que desempeñan el desairado papel de testaferros de charlatanes; vergüenza es para la clase médica que la parte intelectual y moral de la naturaleza humana sea para ella desconocida o punto menos, a pesar de las comprobadas relaciones de lo físico y lo moral. Estos hechos son síntomas, no de degeneración, tampoco de incompetencia, sino de insuficiencias que es posible y fácil remediar. La educación que recibimos en la infancia y en la niñez, en la adolescencia y en parte de la juventud, se realiza sometiéndonos a los maestros para mejorar nuestra condición; tras esa debe seguir otra no menos importante, en la que busquemos la realización de un ideal y que nos acabe de preparar al servicio humano: **purificando los sentimientos, ilustrando el entendimiento y fortaleciendo el carácter o la voluntad.** Los deberes del hombre en sus relaciones con la sociedad varían con los cambios que la edad determina, con el lugar o posición que se tiene en la misma sociedad y con el número de fuerzas de que él dispone: morales, intelectuales, de carácter y materiales (riqueza, mando, etc). Equivocaríase, a no dudar, quien creyera que tales deberes no han sido comunes en lo fundamental a todas las épocas históricas, pero la actual es de singular importancia y reclama especial concurso e incesante actividad de parte de todos los profesantes, particularmente de los médicos, quienes, por su influjo decidido en el hogar y por sus cercanías al sacerdocio, pueden

convertirse en factores de saludable y trascendental renovación. Su celo y su energía se han menester para la prosecución de una empresa digna de las mejores prendas del intelecto y de las más nobles cualidades del corazón, cual es la de rendirnos de las dolencias de nuestro cuerpo y facilitarnos así nuestro cometido en el mundo. Para esta gran obra deben prepararse con armas ofensivas y defensivas, con el estudio y la reflexión, con una aducación deliberada y una práctica del bien que tengan aquel fin por mira constante.

Es verdad que nadie desecha la que señala como principal tarea humana, la de nuestro propio mejoramiento: físico, intelectual y moral. Si queremos reformarnos en el vivir si tratamos de componer el mundo, debemos comenzar por reformarnos, lo cual no está fuera de nuestro alcance. Para ello es preciso tener amplitud de miras y elevar los sentimientos sociales, o desarrollar las innatas cualidades de síntesis y simpatía que hay en todas las almas. Así se ejerce la máxima influencia en los corazones y las inteligencias de los demás; así llegarán los médicos a ser venerados y tan venerados como los buenos sacerdotes. Muchas personas no tienen ni competencia ni vagares, ni deseos ni curiosidad de pesar las pruebas de un aserto, pero todos somos capaces de recibir la dulce impresión que causa una vida pura y consagrada al bien y de dar testimonio de una conducta digna y de su gran eficacia en el perfeccionamiento de los hombres.

He llamado de singular importancia a la época actual, y voy a explicarme. Llámole así, porque somos harto diferentes de nuestros mayores y hemos perdido la fe de ellos en el poder de los principios y en la potencia de las verdades. Antaño creíase en la constancia o la continuidad de las leyes justas, en que las constituciones de los pueblos, inspiradas en el amor a las virtudes y en la justicia, durarían en su forma y en su espíritu tanto cuanto viviese el género humano. Pensaban nuestros abuelos que sus trabajos eran para toda la eternidad, estaban persuadidos, como los filósofos franceses del siglo XVIII, de que aquellas leyes, en siendo humanas y buenas, debían ser perdurables e invariables. Pero actualmente no tenemos esas creencias, y procedemos como si todo fuese a rehacerse en día no lejano; y como si todo estuviese a merced de perpetuas mutaciones; si en algo creemos, es en la movilidad de las instituciones políticas y de todas las sociales, en los acontecimientos fugaces, en las perpetuas variaciones. Caracteres así nos obligan a buscar para nuestro tiempo, dentro del espíritu relativo que nos anima, la fijeza de la ciencia y la permanencia de lo moral, y a ellas hemos de llegar con la educación del criterio que nos diga cómo hemos de pro-

ceder para esperar el acierto, y qué debemos hacer para que las malas acciones se circunscriban a un campo cada día menos extenso.

La principal enemistad del apóstol de la verdad y del bien, es la de los impostores y la de los malvados, quienes desean pescar en río revuelto y abominan de toda disciplina espiritual y la temen. Cuando los Médicos tengan como criterio único de verdad la juiciosa observación y las legítimas inferencias de ella, y cuando su criterio moral sea la aprobación de todo lo recto y la franca condenación de todo lo errado, únicos criterios que dan honor a la conducta; cuando eso se logre, los fariseos estarán desarmados y quedarán reducidos a repetir las palabras vacías de los que gritan dizque para convencer, palabras que por oposición a la conducta elevada de los doctores habrán perdido ya la utilidad temporal que tuvieron como vehículos de protesta, palabras sin eficacia como instrumentos de construcción. Ningún medicucho, sin título o con él, pues no ignoramos que titulados los hay también, tiene convicciones, porque éstas no son ingénitas, se forman, se desarrollan lentamente, crecen al calor de la lenta adquisición de los conocimientos, todos ellos son escépticos —como todos los que trafican con el candor de los hombres—y todos son los patrones de supersticiones vulgares que halagan con la selección de frases sonoras escogidas del montón para el caso. Fácil es vencerlos y reducirlos a pordiosear, pero no combatiéndoles con sus armas, sino con las nobles de lo verdadero y de lo bueno; sólo la desunión de los que cultivan la ciencia y la negligencia de los que en ella creen puede retardar el cierto y espléndido triunfo que se viene anunciado claramente desde que el saber demostrable dió firmeza al hombre en sus designios.

* * *

Acaso parezca extraño a no pocos, que yo, ingeniero, me haya ocupado en escribir acerca de este tema que es de carácter médico; mas si se medita sobre él se verá que no es exclusivamente médico y que tiene estrechas relaciones con el problema filosófico del conocimiento y con el eterno problema moral de lograr que los hombres sean felices y virtuosos.

Quizá haya quienes piensen que este ensayo ha sido escrito para deprimir a la clase de los médicos; si hay personas que así sientan, desde ahora declaro que les ahoga la malicia, ya que nada más ajeno a mi carácter que la sátira y la ironía, y nada más lejos de mí que denigrar a una clase que cuenta con todas mis pobres simpatías y a la que unido me siento con vínculos diversos.

Si algunos profesantes gozan de mis predilecciones, son los médicos, porque conozco de cerca todas las angustias de su carrera y todos los dolores que recogen en su áspero camino; si hay clase profesional de la que yo mucho espero para la reorganización social y moral de mi patria amadísima, es la médica, porque ella puede indirectamente y por lo mismo de eficaz manera, ayudar a triunfar con su consejo y con su ejemplo; por eso deseo que a ella corresponda el primer lugar en la regeneración. La reforma intelectual y moral de los médicos, una vez efectuada, facilitará la de los demás profesantes, por las relaciones que establece entre unos y otros la vida contemporánea.

La Biología, ciencia abstracta de la vida, que es el firme e inmediato apoyo de la Medicina, ha establecido una continuidad admirable del orden externo al humano, al cual facilita elevarse por medio del estudio de los diversos grados de vitalidad —animal y vegetal— y de agrupación, por intermedio de la escala orgánica, contemporánea y paleontológica, y por el conocimiento de las funciones intelectuales y morales, que tiene ya carácter positivo. Debemos a la Biología descubrimientos inapreciables que resumo brevemente: la asimilación del hombre a los demás animales; la demostración de la ley fundamental que dice: no hay función sin órgano; la comprobación de que muchas enfermedades de las plantas y los animales y todas las fermentaciones, las generan seres microscópicos, particularmente vegetales; y la prueba inconcusa de que las leyes biológicas gobiernan las funciones intelectuales y morales cuyo asiento es el cerebro y cuyo desarrollo depende de la sociedad, de los contemporáneos y de los antepasados, y establece la relación entre la ciencia abstracta de la vida y la Sociología. Este es el vasto teatro de la actividad del médico, cuyo influjo social crece de día en día y cuya acción bienhechora se percibe claramente en el individuo, en la familia y en la sociedad. Con criterio educado, tendremos en él ingente energía potencial para progresistas transformaciones.

He querido mantenerme en los límites de la generalidad y la concisión para dejar a quienes me escuchen y me lean, el dulce placer de efectuar las ampliaciones instructivas y concretas que muestren cómo ha de realizarse la modificación por la que abogo. Negarme al llamado que se me hizo para venir a este Congreso Médico, me habría sido penoso, porque habría sido una negativa egoísta. Me decidí a aceptar por considerar en el

caso la resolución afirmativa como un imperioso deber. Yo me lo impuse, y propúseme a un tiempo seguir la regla de decir lo bastante sin decir demasiado. Seré feliz si he conseguido lograrlo!

AGUSTIN ARAGON.

***

P. S.—Después de seis años y medio he vuelto a leer las páginas que anteceden y que debieron haber sido sacadas a luz en el tomo II de las Memorias del **Congreso Médico de Puebla**, no publicado aun. Releí mi ensayo para ver la impresión que su lectura me causase en respecto de nuevos hechos notados. Más necesaria ahora que a fines de 1917 conceptúo en México una labor de construcción. La sociedad comprende con más o menos claridad que los profesantes deben tener lugar distinguido entre las grandes fuerzas reparadoras, de reconstrucción y progreso, y que entre ellos los médicos, deben ser de los abanderados. Pueden los galenos trabajar en un cambio favorable y dar a sus compatriotas ideas sanas de la amplitud de la vida y de la riqueza del alma humana, ideas que hablen al corazón y a un tiempo a las facultades imaginativas, que interesen a la inteligencia y estimulen la voluntad, que por sanas y vigorosas sean a manera de tónico o confortante en las horas de desfallecimiento. Sin abdicar de su principal cometido, sin menosprecio de la dignidad, que es la esencia misma del verdadero médico, con su medida y su equilibrio, deben los doctores mexicanos dar a sus semejantes la buena salud física y la incomparable salud moral de que tan necesitados vivimos. La representación animada dramática de la vida pocos la conocen cual los médicos; con su arte bienhechor nos ayudan a vivir; pueden salvarnos de la crisis actual emprendiendo una reforma de los sentimientos, de las ideas y de las costumbres. **Suyo es el campo!**

A. A.